

GEORGES DUBY

Historia social e ideologías de las sociedades

Hacer la Historia

I. Nuevos problemas

Historia social e ideologías de las sociedades

Es evidente que la historia de las sociedades debe fundarse en un análisis de las estructuras materiales. La organización de los grupos, de las comunidades familiares o de vecindad, de las asociaciones, de las bandas, de las compañías, de las sectas, de la índole y el vigor de los lazos que los han reunido, la situación de los individuos en esta red de relaciones, su posición en el seno de una jerarquía compleja de estratos superpuestos; la distribución de poderes entre ellos no puede ponerse claramente de manifiesto sin que se reúnan previamente todos los indicios que permiten reconstituir los componentes del espacio que los hombres han ocupado, ordenado y explotado, percibir el sentido de los diversos movimientos que determinaron la evolución del poblamiento, definir el nivel de las técnicas de producción y comunicación, entender de qué manera se encontraban repartidas las tareas, las riquezas y los beneficios y cómo se utilizaron los excedentes. De hecho, el amplio desarrollo de la investigación histórica durante los últimos tres decenios en los campos de la economía, la demografía y, más recientemente, la ecología, ha estimulado los primeros progresos de la historia social. No obstante, es no menos evidente que la prosecución de estos progresos depende de la elaboración de nuevos cuestionarios, de una relectura de los documentos y de la explotación de nuevas fuentes, del reconocimiento y de la prosecución de nuevos campos de investigación.

En efecto, para comprender la ordenación de las sociedades humanas y para discernir las fuerzas que las hacen evolucionar, importa prestar atención a los fenómenos mentales,

cuya intervención es incontestablemente tan determinante como la de los fenómenos económicos y demográficos. Pues no es en función de su condición verdadera, sino de la imagen que de la misma se hacen y que nunca ofrece su reflejo fiel, que los hombres arreglan su conducta. Se esfuerzan por adecuarla a modelos de comportamiento que son producto de una cultura y que se ajustan, bien o mal, al curso de la historia, a las realidades materiales.

La articulación de las relaciones sociales, el movimiento que hace que se transformen se opera, así, en el marco de un sistema de valores, y la gente piensa por lo común que este sistema orienta la historia de estas relaciones. Efectivamente, gobierna el comportamiento de cada individuo con respecto a los demás miembros del grupo en el que toma parte. Sobre el mismo se fundan las constricciones que cada cual acepta o intenta transgredir, pero que cada uno espera, cómo no, que sean respetadas por los demás. En el interior de este sistema florece o se desmorona la conciencia que la gente toma de la comunidad, de la capa, de la clase de la que forman parte, de su distancia con respecto a las demás clases, estratos o comunidades, una conciencia más o menos clara, pero cuyo desconocimiento reduciría el alcance de todo análisis de una clasificación social y su dinámica. Es este sistema de valores que hace tolerar las reglas del derecho y los decretos del poder, o que las convierte en intolerables. Es en él, finalmente, que residen los principios de una acción que pretende animar el devenir del cuerpo social, que arraiga el sentido que toda sociedad atribuye a su historia y hace que sus reservas de esperanza se acumulen. Alimenta los sueños y las utopías, ora se proyecten hacia el pasado, hacia una edad de oro ejemplar de ilusorios atractivos, ora hacia el futuro, en un porvenir que se desea y por el que se lucha. Mantiene las pasividades y las resignaciones, pero contiene asimismo en germen todas las tentativas de reforma, todos los programas revolucionarios y el resorte de todas las mutaciones bruscas. Una

de las tareas principales que corresponden en la actualidad a las ciencias del hombre es, pues, la de medir, en el seno de una totalidad indisociable de acciones recíprocas, la presión respectiva de las condiciones económicas y, por otra parte, un conjunto de convenciones y preceptos morales, de las prohibiciones que esgrimen y de las vías de perfección que proponen. En una tal empresa, puede tenerse por decisiva la aportación de los historiadores. En efecto, los sistemas de valores, que de diversas maneras transmiten los procedimientos de educación sin cambio aparente de una generación a otra, no son, sin embargo, inmóviles. Poseen su propia historia, cuyo aire y fases no coinciden con las de la historia del poblamiento y de los modos de producción. Pues bien, es justamente a través de tales discordancias que las correlaciones entre las estructuras materiales y las mentalidades pueden discernirse con la mayor claridad.

Un área singularmente vasta se ofrece, pues, en la duración larga y breve, al estudio de las actitudes mentales, sin la que no podría escribirse la historia de las sociedades. En este terreno, todavía mal explorado y abierto de par en par a las investigaciones futuras, se inscribe necesariamente el estudio de las ideologías. La palabra es vaga. El uso que de la misma se hace en política ha vuelto ambiguo su significado. El historiador tiene que tomarla en su sentido más amplio, eliminando los tonos peyorativos con que tan a menudo está cargada. Entendemos por ideología, como hace Louis Althusser, "un sistema (con su lógica y rigor propios) de representaciones (imágenes, mitos, ideas o conceptos según los casos) dotado de una existencia y un papel histórico en el seno de una sociedad dada".

Así definidas, las ideologías presentan cierto número de rasgos que conviene, ante todo, poner de relieve:

1. Aparecen como sistemas completos y son, naturalmente, globalizantes, pretendiendo ofrecer a la sociedad, de su pasado, de su presente, de su futuro, una representación de conjunto integrada a la totalidad de una visión del mundo. Hasta una época recentísima las imágenes de la sociedad han sostenido, pues, estrechas correspondencias con las

cosmologías y la teología, y aparecen, de este modo, inseparables de un sistema de creencias: en la Europa medieval, por ejemplo, toda representación de las relaciones sociales buscaba necesariamente apoyo en algunos de los textos fundamentales del cristianismo.

2. Las ideologías, que tienen por primera función la de dar seguridad, también son, claro está, deformantes. La imagen que procuran de la organización social se construye en un encajonamiento coherente de inflexiones, desvíos, torsiones, en una puesta en perspectiva, un juego de luces que tiende a velar ciertas articulaciones proyectando toda la luz en otras, para servir mejor a unos intereses particulares. Así, el esquema dualista, clarísimamente maniqueo, que, en el pensamiento de los eclesiásticos del siglo IX, oponían los "poderosos" y los "pobres", pudo estimular a la Iglesia y a la monarquía, cuyos intereses coincidían, a resistir a las presiones de la aristocracia laica; pero esta imagen desfiguraba (y ha continuado desfigurando hasta la mente de los más recientes historiadores de la sociedad) ciertas funciones sociales y económicas esenciales del señorío rural.

3. Resulta de todo ello que, en una sociedad dada coexisten varios sistemas de representaciones que, naturalmente una vez más, están en concurrencia. Estas oposiciones son en parte formales y responden a la existencia de varios niveles o planos de cultura. Reflejan sobre todo antagonismos que surgen a veces de la yuxtaposición de etnias separadas, pero que siempre están determinadas por la disposición de las relaciones de poder. Numerosos rasgos comunes aproximan esas ideologías, puesto que las relaciones vividas de las que ellas dan la imagen son las mismas, y porque se edifican en el seno de un mismo conjunto cultural y se expresan en los mismos lenguajes. Por lo ordinario, no obstante, unas se presentan como las imágenes invertidas de las demás, a las que se enfrentan. El amor cortés, por ejemplo, adúltero y "pagano", aparece, en la cristiandad del siglo XII, como una inversión casi socarrona de las relaciones afectivas vividas en el seno de los linajes y compañías vasálicas, y en las nuevas formas de la devoción a la Virgen. En efecto, el sistema ideológico del que este juego mundano constituía una de las piezas clave, cubría las

actitudes de los caballeros célibes que las costumbres familiares frustraban, y molestaba la esclerosis progresiva de las relaciones feudales y a las que la moral de la Iglesia pretendía refrenar en sus desmanes.

4. Globalizantes, deformantes, concurrentes, las ideologías resultan ser igualmente estabilizantes. Éste es el caso, claro está, de los sistemas de representaciones que se proponen preservar las ventajas adquiridas por las capas sociales dominantes; lo que no es menos verdad de cuantos, antagonistas, reflejan a los primeros, aunque invirtiéndolos. La organización ideal en la que hacen soñar las ideologías más revolucionarias es vista efectivamente, al final de unas victorias que incitan a obtener, como un establecimiento definitivo: ninguna utopía hace llamamientos a la revolución permanente. Esta inclinación a la estabilidad radica en que las representaciones ideológicas participan de la pesadez inherente a todos los sistemas de valores, cuyo armazón se compone de tradiciones. La rigidez de los diversos órganos de educación, la permanencia formal de los instrumentos lingüísticos, el poder de los mitos, la reticencia instintiva frente a la innovación que arraiga en lo más profundo de los mecanismos de la vida, son un obstáculo para que se modifiquen sensiblemente en el curso de la transferencia que los lega a cada generación nueva. El miedo del futuro hace que las ideologías se apoyen, naturalmente, en las fuerzas de conservación, de las que se percibe que son en verdad dominantes en la mayoría de los medios culturales que se yuxtaponen y se interpenetran en el seno del cuerpo social. A veces es la ordenación misma de las técnicas de producción lo que fortifica la resistencia al cambio. Lo que se produce, por ejemplo, en las sociedades con fuertes bases agrarias. Su supervivencia depende de la estabilidad de un sistema coherente de medios empíricos, cuyo equilibrio, resultado de largos esfuerzos de adaptación a las condiciones naturales, parece frágil, y lo es efectivamente, tanto más que las técnicas son primarias. Estas sociedades viven, pues, en el temor de las novedades que podrían romper este equilibrio; se encierran, para protegerse, en un caparazón de costumbres, y hallan su asiento en el respeto de una sabiduría cuyos depositarios más seguros

son los ancianos. No obstante, con mayor solidez y frecuencia, el conservadurismo se apoya en la jerarquía social. Los estratos dominantes, cuyos intereses son servidos por modelos ideológicos mejor armados que los demás, se permiten, por lo general, el lujo (y precisamente en la medida en que su superioridad material les parece más segura) de estimular las innovaciones en el dominio de la estética y la moda. No obstante, en el fondo de sí mismos, están muy, atentos a defenderse contra todos los cambios menos superficiales que podrían poner en tela de juicio los poderes y las ventajas que detentan. Puede pensarse que la resistencia al cambio en ninguna parte está anclada con mayor firmeza que entre los miembros de los cleros de todo tipo, ligados más que nadie a la salvaguardia de los conceptos, de las creencias y de las reglas morales que constituyen el único sostén del poder de que disfrutaban y de los privilegios que se les reconocen. En fin, la tendencia al conservadurismo se ve acentuada, además, por el movimiento que, en todas las sociedades, obliga a los modelos culturales a desplazarse gradualmente desde las cumbres de la jerarquía social en que han tomado forma como respuesta a los gustos e intereses de los equipos dirigentes, hacia medios progresivamente más, amplios y más humildes, a los que fascinan y que trabajan para apropiárselos. Este proceso de vulgarización continua va acompañado de una lenta deformación de las representaciones mentales. No por ello prolonga por menos tiempo la supervivencia de ciertas actitudes. Contribuye a mantener, así, por debajo de la modernidad de superficie que las capas dominantes ostentan para distinguirse de las demás, un fondo sólido de referencias a las tradiciones que proporciona al espíritu conservador su apoyo más firme.

5. No obstante, en las culturas en las que puede escribirse la historia, todos los sistemas ideológicos se fundan en una visión de esta historia, instaurando en un recuerdo de los tiempos pasados, objetivo o mítico, el proyecto de un futuro que vería el advenimiento de una sociedad más perfecta. Son todos portadores de esperanzas. Estimulan a la acción. Todas las ideologías son "prácticas" y contribuyen por eso mismo a animar el movimiento de la historia. Pero en el curso de este movimiento

se transforman a sí mismas debido a tres razones principales:

a) Entre las relaciones vividas y la representación que la gente se hace de las mismas existen relaciones bastante estrechas para que la segunda sufra bien o mal las repercusiones de los cambios que afectan a las primeras.

b) Por otra parte, en la rivalidad permanente que opone entre sí a las clases de edad o a las categorías separadas por intereses divergentes, en el curso de conflictos que entran en las fases más agudas cuando se acelera la evolución económica o demográfica, o bien cuando, a efectos de esta evolución, se operan unas mutaciones en el seno de las estructuras políticas, las ideologías tienen que adaptarse, para resistir o vencer mejor. Frente a las ideologías adversas, se tienden o agilizan, se afirman o disimulan, se camuflan bajo el velo de nuevas apariencias. Cuando se hallan en situación de fuerza, consiguen integrar en parte al sistema que constituyen las imágenes o los modelos que les amenazaban del exterior, consiguen dominarlos, someterlos, emplearlos para consolidar sus posiciones. Es así, por ejemplo, cómo la Iglesia triunfante del siglo XIII consiguió extender su dominio sobre lo que a decir verdad no era más que una florecencia menos reacia de la contestación herética, la predicación de Francisco de Asís. Le fue preciso, para dar cabida a estas propuestas de perfección, perturbar sensiblemente su propia organización, mondar, agilizar, reprimir, desechar cuanto era demasiado irreductible al contenido del franciscanismo, acoger todo cuanto podía asimilar del mismo, e introducirlo para reforzar los ejes de sus estructuras materiales y espirituales; pero, al final consiguió, y no sin problemas, remodelar la mismísima figura de Francisco y su mensaje y domesticarlos. En estos procedimientos de conflictos, de contestaciones, de recuperación, de integración que forman la trama de la historia de las ideologías, algunos medios sociales desempeñan un papel preponderante. El historiador tendrá que prestar especial atención a esa gente que, dada su situación profesional, está situada en la punta del combate

y que se revelan como los agentes principales de las fuerzas de conservación, de resistencia o de conquista, los artesanos de los ajustes necesarios. Se trata en primer lugar de todos los especialistas a los que las sociedades establecidas delegan las funciones de educación y enseñanza. Se trata igualmente de todos cuantos se hacen portavoces de una categoría social de la que con frecuencia ni siquiera han salido, ora porque ciertas frustraciones les hayan conducido a romper con el grupo del que salen, a desarraigarse del mismo, a atacarlo, a apoyar su lucha en otros cuerpos sociales naturalmente antagonistas y a fortificar las posiciones ideológicas de los mismos con el aporte de su experiencia y su conocimiento; ora porque, tráfugas de su propia clase, sean sensibles a las ventajas de una carrera, como es el caso de numerosos intelectuales que las capas dirigentes toman a su servicio y que se convierten en sus mayordomos.

c) Ocurre, en fin, que ciertos sistemas ideológicos se transforman cuando el conjunto cultural que los envuelve se halla penetrado por la influencia de culturas extrañas y próximas, de las que es muy raro que se encuentre por completo aislado. Esta intrusión procede a menudo de una relación desigual de fuerzas entre civilizaciones enfrentadas. En tal caso, la irrupción es a veces brutal, cuando acompaña los trastornos políticos que la invasión o la colonización provocan. Con mayor frecuencia es insidiosa y resulta de la fascinación que de lejos ejercen las creencias, las ideas o las formas de vivir seductoras. Pero el préstamo puede ser asimismo deliberado, pues las ideologías buscan apoyos en todas partes. Así ocurrió en el Occidente del siglo XII, de la ética cortesana; enriqueció sus representaciones mentales, su ritual y sus modos de expresión recurriendo a la cultura de la Antigüedad latina y a la de la España islamizada.

Sí, los movimientos que arrancan las ideologías de su inercia natural son generalmente muy lentos y apenas presentan

sacudidas; ordinariamente es mediante elásticas inflexiones que ceden para adoptar los cambios más abruptos que se producen en el plano de la economía o de la política. Pero esos sistemas no dejan de aparecer en evolución constante. Incontestablemente, las ideologías son uno de los objetos de la historia.

No hay que disimular, empero, la extrema dificultad de esta historia. Resulta muy difícil, ante todo, la recogida de testimonios. En efecto, de la mayoría de los sistemas ideológicos del pasado, no subsisten más que huellas fugitivas, alteradas, vaporosas. Es el caso de las ideologías "populares". Se entiende, las de todos los medios sociales que no tuvieron acceso por sí mismos a instrumentos culturales capaces de traducir en formas duraderas una visión del mundo. Sólo la atención que eventualmente les prestaron los estratos dominantes permite a veces adivinarlas, pero la imagen que se revela a través de este intérprete es siempre vaga, parcial y singularmente deformada. Es igual el caso de todas las ideologías contestatarias, reprimidas y con frecuencia perseguidas hasta los vestigios más difusos que pudieran dejar en el recuerdo. No pueden vislumbrarse más que a través de la represión de la que fueron objeto; hay que buscar en las refutaciones, en los argumentos de la contrapropaganda, en las consignas que recibieron los inquisidores y en las vistas de las actas de condena, algo con que reconstruir algunos de sus rasgos. Los documentos nunca aclaran directamente más que las ideologías que respondieron a los intereses y a las esperanzas de las clases dirigentes. Pues sólo esos grupos detentaron los medios para construir objetos culturales que no fuesen efímeros y cuyas huellas se prestan al análisis histórico. Pero también porque la repartición de los poderes autorizó esas únicas ideologías a aparecer a plena luz, a expandirse, a infiltrarse en todas las formas de expresión, a imponerse poco a poco mediante el juego de los sistemas de educación e información y el efecto de las fascinaciones que naturalmente ejercen las modas y las actitudes de las élites sociales en los estratos que estos medios dominan. Es un principio esencial de método el no perder de vista esta situación, y el aplicarse a corregir los errores de perspectiva que pudiera engendrar.

Aun así, no hay que esperar alcanzar sin dificultad los sistemas ideológicos más triunfantes. Pues es algo excepcional que estos conjuntos complejos constituyan, en su totalidad, el objeto de una expresión deliberada. Incluso cuando se comunica a sabiendas una exposición coherente de una doctrina, la imagen es fragmentaria: siempre queda una parte disimulada en lo no formulado. Para descubrir lo que no se entrega, habría que poder analizar todas las conductas, individuales y colectivas, pues las ideologías las impregnan más o menos. Quien quiera reconstituirlas en su totalidad, tiene que reunir innumerables índices, difundidos entre todos los vestigios, siempre lacunares y confusos, que subsisten de tales conductas. Exhumar los sistemas ideológicos del polvo del pasado impone detectar, ensamblar e interpretar una serie de signos dispersos. El historiador tiene que descifrar, descriptizar. Y además, en el curso de esas operaciones, tiene que librarse, tanto cuanto pueda, de las presiones ideológicas de las que es prisionero él mismo.

Entre las fuentes documentales más accesibles, y aquellas cuya enseñanza es más clara, figuran evidentemente todos los escritos de propaganda, los tratados de buena conducta, los discursos edificantes, los manifiestos, los panfletos, los sermones, los elogios, los epitafios, las biografías de héroes ejemplares, en definitiva, todas las expresiones verbales que un medio social da de las virtudes que reverencia y de los vicios que reprueba, y que le sirven para defender y propagar la ética en que se apoya su buena conciencia. Pero, en la prosecución de encuestas de este género, no hay que desear, al fin y al cabo, ningún texto. En el vocabulario de los relatos, de las obras dramáticas, de las correspondencias, de los libros de razón, en el vocabulario, más conservador que los demás, de las liturgias, de los reglamentos, de las actas jurídicas, es necesario captar los términos reveladores, y más que los vocablos, las frases hechas, las metáforas y la forma como los vocablos se asocian; ahí se refleja inconscientemente la imagen que determinado grupo, en determinado momento, tiene de sí mismo y de los demás. No obstante, la cosecha podría ser aún más abundante entre los documentos no escritos, pues la ideología encuentra una expresión a veces más directa y más grávida en las articulaciones

de signos visibles. Los emblemas, las costumbres, los atavíos, las insignias, los gestos, el cuadro y la ordenación de fiestas y ceremonias, la forma como se dispone el espacio social, atestiguan efectivamente cierto orden soñado del universo. En este dominio particular y central de la historia de las sociedades, la investigación tiene qué prestar, pues, una gran atención a todos los objetos figurativos, a la estructura de los monumentos, a su decoración, y a todo el material documental de primer orden que constituyen todas las imágenes esculpidas o pintadas. Pues en todas las civilizaciones y en la mayor parte del pasado histórico; las representaciones figuradas estuvieron cargadas de un sentido más denso y de alcance más inmediato que la escritura. Fueron armas de defensa y agresión de especial eficacia. Evoquemos solamente la puerta de la abadía de Saint-Gilles que, a fines del siglo XII, en una encrucijada principal de la Galia meridional contaminada por la herejía, levantó frente al catarismo, en un teatro inmóvil, y con la fuerza de todos los poderes de persuasión de que está investida la escultura, una suma de la ideología católica, reforzada por las reminiscencias majestuosas del orden imperial romano. Un poco más tarde, la Iglesia pontifical halló entre los pintores, y los más grandes de ellos, sus mejores auxiliares para extirpar finalmente, este movimiento de pobreza lírica, que invitaba al diálogo libre entre el fiel y Jesús, al servicio de una ideología de la primacía clerical y de la justificación de la fortuna.

Luego de haber detectado todos esos indicios, conviene, ante todo, reunirlos, para reconstruir el sistema en su coherencia, en su ordenación formal, a partir de todas las huellas por él dejadas. La máxima atención debe prestarse entonces a lo callado. Pues el peligro estaría aquí, mucho más grave que en las investigaciones de historia económica, en interpretar el silencio como una ausencia. Las omisiones forman, en efecto, un elemento fundamental del discurso ideológico: esencial, su significación tiene que dilucidarse. Hay que someter luego a un doble tratamiento los sistemas de representaciones así reconstituidos en su articulación semántica. En la sincronía, su análisis tiene que ser lo bastante profundo para poner de

manifiesto lo que las expresiones de la ideología dominante puedan revelar de las ideologías concurrentes a las que se enfrenta y que, por lo general, no pueden percibirse más que a través de ella, por las sinuosidades de sus líneas de defensa y de ataque. Por otra parte, en la diacronía, las deformaciones insensibles de estos sistemas exigen que se las siga de cerca. Resulta que el recurso a los métodos de la historia serial es aquí necesario y posible: entre los elementos de los diferentes lenguajes, de la expresión verbal, ritual o figurativa, los más significativos pueden ordenarse cronológicamente en series cuantificables. Este procedimiento permite captar las mutaciones que hacen suplir aquel término, o aquel signo por otro, que retrocedan y luego desaparezcan, que surjan y luego se impongan ciertos temas. Aquí entran en juego, claro está, la viscosidad de los vocabularios y las remanencias prolongadas de las envolturas formales que disfrazan las transformaciones del contenido semántico. Pero en este plan de la investigación, esas discordancias entre la forma, y el sentido importan poco. Puesto que las ideologías son en verdad envolturas, sistemas de representación cuyo fin es el de asegurar y proporcionar una justificación de las conductas de la gente, lo que cuenta, son las formas, los esquemas y los temas, y la observación tiene que situarse a ese nivel.

Ésta se beneficia de condiciones particularmente favorables en los períodos críticos, en los que el movimiento de las estructuras materiales y políticas acaba repercutiendo en el plano de los sistemas ideológicos y convierte en más agudo el conflicto que las opone. En el curso de esas crisis, de las revueltas, de las iniciativas de reforma o de las revoluciones que suscitan, vemos aparecer a plena luz estructuras latentes, ordinariamente ocultas. Al intensificarse, la polémica conduce a que se expresen los que en tiempos normales no se preocupan por hacerlo o no tienen medios para ello, mientras que desencadena un ímpetu acelerador en el seno de las tendencias de larga duración que animan la evolución de la ideología dominante. Sí, la lucha estimula también las intenciones iconoclastas y acarrea así la desaparición de ciertos indicios. Pero, en compensación, provoca un acrecentamiento brusco del

material documental en razón de las tomas de posición que por ambas partes determina. Para la observación histórica, el momento privilegiado es aquel en el que el combate toca a su fin. La victoria va seguida, en efecto, de acciones represivas, y de las encuestas, los interrogatorios y las sentencias encerradas en archivos judiciales y policiales pueden recogerse buen número de informaciones. Naturalmente, va acompañada de tentativas de conversión, de elaboraciones doctrinales y de una fuerte reglamentación no poco expresivas. Y las relaciones de las perturbaciones anteriores que salen a luz en el cuadro de la ideología triunfante resultan ser sumamente esclarecedoras, tanto acerca de esta ideología como de las ideologías que pretende haber subyugado: basta con pensar en lo que revelan las interpretaciones dadas de la Revolución francesa en los años treinta del siglo XIX, o los comentarios de que fue objeto la Comuna de París cuando se celebró o se intentó dejar en la sombra el centenario de este acontecimiento.

Recomponer a partir de fragmentos dispares los sistemas ideológicos del pasado, seguir las huellas de las transformaciones que sufrieron, no es en verdad más que el enfoque de una tarea mucho más delicada, la que consiste en precisar las relaciones que las ideologías sostienen, en el curso de su historia, con la realidad vivida de la organización social. Siendo así, proponemos llevar a cabo la investigación en dos etapas:

a) Las ideologías se presentan como la interpretación de una situación concreta. Tienden por lo tanto a reflejar los cambios de las mismas. Pero tardan en hacerlo, pues son por naturaleza conservadoras. El reajuste del que son finalmente sujeto se produce al término de un lapso a veces muy largo y que siempre resulta ser parcial. Las distancias entre su historia y la de las relaciones sociales vividas se dejan medir con tanta menor facilidad que, por el juego de una dialéctica súbita, el paso de los sistemas de representaciones resuena, para frenarlo en ciertos puntos, en el movimiento mismo de las estructuras materiales y políticas. Sin embargo, si es a los historiadores a quienes pertenece el establecer en su máxima fineza la cronología

de estas disonancias. Sobre esta cronología tiene que apoyarse, en efecto, toda investigación, toda interpretación ulteriores.

b) Un análisis tal de las distancias de temporalidad debe conducir naturalmente a los historiadores de la sociedad a criticar los sistemas coherentes que constituyen las ideologías del pasado, a desmitificarlas a posteriori haciendo ver, en cada momento de la evolución histórica, cómo los rasgos que pueden vislumbrarse de las condiciones materiales de la vida social se encuentran más o menos disfrazadas en el seno de las imágenes mentales. Eso es, el historiador tendría que medir, con toda la exactitud posible y el hecho de que en la mayor parte de los documentos las expresiones de lo vivido y lo soñado se hallen confusamente mezcladas convierte la tarea en singularmente ardua, las concordancias y discordancias que, en cada punto de la diacronía, se establecen entre tres variables: por una parte, entre la situación objetiva de los individuos y los grupos y la imagen ilusoria en la que éstos han hallado confortación y justificación; por otra parte, entre esta imagen y las conductas individuales y colectivas.

Al respecto me parece saludable tomar en consideración las reflexiones críticas de Paul Veyne sobre los procesos y altibajos del trabajo histórico. Ayudan efectivamente a precisar los objetivos y los límites de la investigación y a jalonar mejor sus caminos. Esas reflexiones incitan a la prudencia. Ante todo, porque hacen medir la amplitud de las distancias que, en toda sociedad, separan el comportamiento de los hombres de las representaciones mentales o de los sistemas de valores a los que se complacen en referirse. Tales comportamientos en parte se insertan en ritos que son, efectivamente, vividos como ritos, y de los que no debe creerse que sean expresión de creencias o ideas. Estos comportamientos, por otro lado, no están más que imperfectamente sometidos a las reglas de la moral. La ética, en efecto, no representa nunca más que un "sector localizado" en un conjunto, en cuyo interior opera de modo muy diverso según los

niveles de cultura, según las sociedades y según las épocas. Hay que admitir, en fin, que siempre existe un "intervalo enorme entre el intítulo oficial de un movimiento político y religioso y la atmósfera que en el mismo reina; esta atmósfera, la viven los participantes sin ser concebida, y no deja apenas huella escrita"; escapa por ello a la observación, pese a que es ella, mucho más directamente que las proclamaciones y las declaraciones de principio, la que influye en las conductas. Por lo demás, estas observaciones ponen en guardia contra la tentación de sobrevalorar la acción de los sistemas ideológicos sobre el movimiento de la historia. Las ideologías no son más que "banderas". Hay que admitir, en efecto, que "la cobertura ideológica no engaña a nadie, que sólo convence a los convencidos, y que el *homo historicus* apenas se deja doblegar por los argumentos ideológicos de su adversario cuando lo que está en juego son sus intereses".

Sin embargo (Paul Veyne lo reconoce, y es ahí donde sus reflexiones merecen particular atención), los comportamientos se ven más directamente determinados por motivos ideológicos dentro de ciertos cuadros en los que se establecen las relaciones sociales, en el seno de lo que él llama las "instituciones". Se entiende "todo aquello acerca de lo cual se habla de ideal colectivo, de espíritu de cuerpo, de tradiciones de grupo, todo cuanto presenta la mezcla de ambiciones personales y de censura colectiva, que hace que el grupo social realice unos fines que son más desinteresados que los fines que individualmente habrían perseguido sus miembros", "una situación en que la gente, a partir de móviles no necesariamente idealistas, se ve obligada a cumplir con unos fines ideales con tanto escrúpulo como si le interesasen esos fines por gusto personal". Estos cuadros son, evidentemente, lugar de tensiones vivísimas entre los principios y los intereses individuales. Se ordenan, no obstante, alrededor de un conjunto de reglas de conducta cuya incidencia es más inmediata y más profunda que en otras partes, puesto que, en el interior del grupo, cada cual espera de los demás que le respeten como hace él. Las "instituciones", en el sentido que da Paul Veyne a este término, constituyen el campo en el que el historiador de las ideologías tiene que aplicar, en

primer lugar, sus observaciones. Pero también le corresponde observar, no menos atentamente, los grandes movimientos que brotan de estos cuadros institucionales, que los desbordan y que los llevan a conjugarse unos con otros. Pues es estudiando estos movimientos como se eleva uno lo bastante para plantear, en toda su amplitud, el problema central de las relaciones entre las ideologías y lo que Karl Marx llama la praxis social. Con razón ha escogido Paul Veyne, entre otros ejemplos, el de la cruzada. Esa empresa no habría tenido tanto éxito si, a fines del siglo XII, las contradicciones hubiesen sido menos vivas en las capas dominantes de la sociedad feudal; pero no habría arrastrado hacia Tierra Santa más que a un "puñado de hijos perdidos" si los que organizaron la expedición no la hubiesen sacralizado. Cuando marcha hacia Jerusalén, el cruzado sabe muy bien que parte de una situación sin salida, pero se empeña sinceramente en la salud de su alma; "sabe que la cruzada es una epopeya de Dios porque se lo han dicho, y expresa cuanto siente a través, de cuanto sabe, al igual que todo el mundo".

Al recoger y ampliar este ejemplo, quisiera ahora y ya es hora desprender de la abstracción estas consideraciones de método.

De la sociedad cristiana, los que, en la Europa del siglo XI eran capaces de reflexionar, de organizar su pensamiento y darle unas expresiones que tenían la posibilidad de no ser rápidamente borradas, eso es los dirigentes de la Iglesia, fijaron las características de un modelo ideológico. En el estado actual de la investigación, no alcanzamos a ver que este modelo haya constituido por entonces un tema de representaciones iconográficas lo que no deja de plantear un problema. Pero, por lo menos, lo hallamos claramente expresado en textos a, decir verdad muy raros, y que habría que recensionar minuciosamente. También podrían descubrirse sus huellas del mismo modo que, en un número de escritos mucho más considerable, se ordenan ciertos relatos, confrontadas ciertas imágenes, ensamblados ciertos vocablos. Este esquema responde a la situación dominante de cuantos lo han construido, y pretende consolidarla. Puede pensarse que tomó consistencia bajo la presión de los enfrentamiento más vivos que suscitaban, en el seno de la

aristocracia, la inflexión de la magistratura real y el debilitamiento de sus poderes de conciliación, contestaciones traducidas en particular, en la misma época, en erupciones heréticas, frente a las cuales este esquema fue, al parecer, levantado.

Es algo simple. En efecto, las representaciones ideológicas procuran naturalmente, una imagen simplificada de la realidad de la organización social, ignorando los matices, las superposiciones, los recubrimientos; acusando por el contrario los contrastes y poniendo el acento en la jerarquía y los antagonismos. Reparte a los hombres en tres categorías, los especialistas de la oración, los especialistas del combate y los especialistas de la producción, esto es, para él, los campesinos. Un mundo que empezaba a verse sacudido por los primeros efectos de un vigoroso crecimiento demográfico y económico, no da cabida ninguna a esos "trabajadores" que, al despertar de las aglomeraciones urbanas, se consagraban a la fabricación de objetos de calidad, al tráfico de estas mercancías y a la manipulación del dinero. Refleja fielmente, no obstante, las estructuras globales de una sociedad agraria, que delegaba a unos pocos el cuidado de su salvaguardia mediante el empleo de las armas contra los agresores visibles, por el de la oración contra los poderes oscuros del más allá. Pero este reflejo ideológico es tranquilizador. Porque disimula, primero, las tensiones entre las tres categorías sociales bajo la cobertura de un intercambio equilibrado de servicios mutuos. Y porque justifica, con el cumplimiento de estos servicios, las desigualdades de hecho, la ociosidad y la opulencia que proporcionan a los miembros de los dos estratos dominantes las funciones especializadas que realiza cada uno de ellos, al igual que las obligaciones de labor que pesan en el tercero y la explotación de que es objeto. Tranquiliza, por otra parte, en cuanto pretende estabilizar las estructuras cuya imagen pone de manifiesto, en el interés de las élites que se establecen en su cima, y más en particular del cuerpo eclesiástico. Esta ideología de la sociedad es, en efecto, resueltamente conservadora. Concibe las divisiones, cuyo ajuste describe, como "órdenes", eso es, grupos de naturaleza inmutable, delimitados por fronteras herméticas que nadie puede franquear sin una conversión ostensible. Niega todos los

movimientos de promoción que el progreso de la productividad agrícola y la animación creciente de la circulación de las riquezas van perfilando. Funda su actitud de resistencia al cambio, en las bases de un sistema de creencias que presenta la creación como la réplica de una ciudad celeste intemporal: la clasificación social que pretende fijar responde, fuera del tiempo y desde los orígenes del universo, al mismo designio de Dios. No obstante, esta réplica parece a primera vista imperfecta, y la visión del mundo maniquea que envuelve este modelo ideológico da cuenta, efectivamente, de la influencia corrosiva de fuerzas maléficas, factores de perturbación y desorden que importa reprimir. Propone llevar el modelo a la perfección de su ejemplar divino. Incita a un esfuerzo de restauración del que los dignatarios de la Iglesia, autores del esquema, esperan ser los primeros beneficiarios.

Por más que la época en que se instala en la conciencia colectiva sea de aquellas en las que la evolución de las estructuras materiales sigue siendo aún demasiado lenta para ser claramente perceptible a los contemporáneos, esta representación ideológica es portadora, pues, de dinamismo. Y ello porque la subtiende cierta concepción de la historia. La historia, que por entonces ocupa un lugar importante en el sistema educativo propio de las gentes de la alta Iglesia, se concibe como una marcha del pueblo de Dios hacia la luz que las efusiones de la gracia apresuran desde la venida de Cristo entre los hombres. Esta progresión hacia el fin de los tiempos y la ejemplaridad de las intenciones divinas, corresponde a la Iglesia guiarla. La Iglesia se halla, desde tiempo ha, establecida en el confort de asientos señoriales que ponen a su disposición el excedente del trabajo campesino. El modelo ideológico de que se hace propagadora permite a los clérigos y monjes disfrutar con muy buena conciencia de los productos de su dominio y de los diezmos de sus dependientes. A condición, cuando menos, de que se erijan en defensores de los "pobres", eso es, de la masa de los trabajadores. Por esta razón el esquema instaura un muro cerrado; entre los altos grados de la sociedad eclesiástica y la aristocracia laica que, en la realidad, están sin embargo unidos por una situación común de clase y por el mismo origen familiar.

Acentúa esta separación imponiendo á toda la gente de Iglesia una moral segregacionaria, hasta hace poco específica de los medios monásticos, de renuncia a la riqueza individual, a los placeres carnales y a la alegría del combate; lo afirma, además, propagando una ética pacífica, la de los acuerdos de la tregua de Dios que, en sus formas primitivas, atrincheran tras una pantalla de prohibiciones todo el grupo de la gente de guerra. Así contribuye a reunir el grupo en un cuerpo homogéneo en el que actitudes comunes diluyen poco a poco entre sus miembros la diversidad, muy acentuada, de condiciones económicas.

Pero la Iglesia tiene el deber de llevar más allá la lucha que dirige contra las fuerzas del mal y, para hacer que sea más perfecto el modelo de los tres órdenes, esforzarse para moralizar el mundo militar. Se dedica pues, en el curso del siglo XI, a convertir la caballería en una verdadera "institución", cimentada en una ética particular. Aresultas de ello va tomando consistencia, poco a poco, una ideología propia del grupo de los caballeros, cuyos perfiles se adivinan primero a través de las diatribas que contra él lanzan las gentes de Iglesia, pero que se deja entrever mejor a partir del momento en que unas obras literarias compuestas para un auditorio de guerreros, reciben con la escritura un apoyo duradero. Los clérigos que hacen carrera en las cortes principescas colaboran eficazísimamente en la edificación de este modelo ideológico. Pero se manifiesta claramente opuesto al de la Iglesia: los valores que fundan la ideología caballeresca, la exaltación de la proeza, de la rapiña, de la fiesta de los sentidos y la alegría de vivir, empalman, efectivamente, con un rechazo resuelto del espíritu de penitencia y de las renunciaciones que predicaban la gente de oración. La afirmación progresiva de estos valores traduce, de hecho, la disociación, iniciada desde el siglo X y que no cesa de acusarse, entre la parte profana de la clase dominante y la que se consagra a las funciones religiosas. Pero lo que subsiste entre ambas de intereses comunes, de connivencias y de juego poderoso en las relaciones familiares, establece entre los dos sistemas representaciones de amplias comunicaciones que facilitan la cristianización del modelo laico.

Ésta llega a su fin en la empresa de la cruzada. La movilización, efectiva o soñada, de la caballería entera para la liberación del Santo Sepulcro vino favorecida, ciertamente, por el malestar material que experimentaban los señores laicos. No por una crisis de la renta y las fortunas señoriales, que no es visible, sino por las incidencias del crecimiento demográfico y una disposición de las estructuras de parentesco que impulsaba a la aventura a no pocos segundones de las familias nobles. Lo fue asimismo por la evolución de los cuadros políticos, por el refuerzo de los principados que tendían a desechar hacia el exterior las fuerzas de agresividad y desorden. Pero procede no menos directamente de la maduración progresiva de la mismísima ideología de los tres órdenes; se sitúa en la prolongación rectilínea de las primeras reflexiones de los clérigos del año mil. En efecto, moralizar el orden de los guerreros no era sólo levantar una barrera contra los desencadenamientos de su turbulencia; era proponerle que emplease sus armas para realizar mejor los designios de Dios. Eso es, desviar su actividad militar fuera del pueblo cristiano y dirigirla contra los incrédulos. Entonces se hicieron referencias a los viejos mitos milenaristas, a las visiones escatológicas. La Jerusalén celeste, fin de la procesión de la humanidad hacia las perfecciones de la gracia, tenía su réplica en este mundo, en Judea. Hacia ella tenía que ponerse en movimiento el pueblo, para apresurar la venida del Reino. En una marcha colectiva, de la que los hombres de oración mostraban el camino, durante la cual los portaespadas, purificados por el empleo benéfico que harían de sus armas, encuadrarían la tropa vulnerable de los pobres. La sociedad de cruzada, de la que pudo creerse hacia el año 1100 que estaba a punto de tomar cuerpo, no era más que la realización del esquema ideológico que los intelectuales de Iglesia habían construido cien años antes.

Pero durante este siglo el crecimiento económico y demográfico se había proseguido a un ritmo siempre más vivo, determinando insensiblemente la modificación de las relaciones humanas en el seno de las comunidades religiosas, de los

principados, de los señoríos, de pueblos y familias. Estas corrientes profundas fluían por una parte en el hilo de un desarrollo al que el modelo ideológico comprometía a obrar. Pues procedía de una visión realista de lo que eran efectivamente ciertas relaciones sociales importantes en los países galos de principios del siglo XI, la jerarquía de las fortunas, la disposición de los poderes, la repartición de las funciones.

Pero, por otra parte, más poderosa, estas corrientes se orientaban en direcciones sensiblemente divergentes. Agravaron las discordancias originales entre la realidad concreta y su representación mental. Logro de la misma, pero retrasado por la lentitud de su maduración y los obstáculos que se oponían a la propagación y a la consolidación del modelo, la sociedad era anacrónica. De hecho, no tomó cuerpo. No se vio que el conjunto del pueblo cristiano se pusiera en camino en vistas a una última migración salvadora, y en los caminos de Oriente las bandas de peregrinos no ofrecieron la imagen de una humanidad pura, desinteresada y pacífica, por entero sometida a la moral de los monjes. Para las gentes de Iglesia que lo llevaron a cabo, el viaje fue la ocasión de descubrir en las cristiandades orientales y en los santos lugares valores mal conocidos, y de captar, en una reflexión sobre la encarnación de Cristo y el poder del Espíritu Santo, los resortes de una transformación de su propia relación con el mundo. Los estandartes de la caballería cruzada no llegaban a ocultar que, para los hombres de guerra, la aventura representaba ante todo la prodigiosa ampliación de expediciones de pillaje y de placer que los bachilleros sin recursos sólo muy menguadamente podían procurarse, en persecución de la gloria, de beneficios y de una esposa. En cuanto a los "pobres" que se movieron en desorden a la llamada de los predicadores, nadie podrá nunca decir qué es lo que realmente buscaban, ni qué es lo que encontraron. Además, la cruzada arrastraba con ella grupos sociales que no tenían cabida en el esquema de los tres órdenes: religiosos en ruptura de disciplina, prostitutas, mercenarios que sólo combatían por dinero y que ya constituían la punta acerada de los ejércitos, agentes de los príncipes salidos de la plebe pero que su oficio elevaba a un primer rango, y todos los marineros, los

traficantes, los aventureros del negocio. Estos desempeñaron un papel considerable en este asunto, y quizás incluso preponderante. Al término del viaje, nadie halló la Parusía ni el Reino, sino sólo la riqueza, el placer de ver tierras y de jactarse aun más, la fatiga, el miedo, el desencanto o la muerte banal. El gran sueño se encarnó por fin en algunas formaciones políticas que intentaron implantar en tierra conquistada las adaptaciones cojas de las reglas jurídicas occidentales, en un brusco éxito mercantil que inició la captura de las economías levantinas por los latinos, y sobre todo en instituciones residuales, las órdenes religiosas militares, en que pareció cristalizarse las esperanzas iniciales: en estas instituciones, en efecto, pero sólo en ellas, en donde se cumple, para el servicio desinteresado de Dios, la fusión de las actitudes monásticas y militares en el seno de una jerarquía que separaba categóricamente a los caballeros de origen noble de los elementos de baja alcurnia, se realizó plenamente, pero de forma singularmente reducida, el modelo ideológico. Otro residuo tenaz: la amplitud de un mito de progreso conquistador y de espera escatológica que, durante largos siglos, nutriría las ideologías de Occidente.

Si he intentado en algunas líneas exponer lo que puede adivinarse hoy del despliegue durante un centenar de años de un sistema ideológico, es, en realidad, para que en este terreno se vaya más lejos en las investigaciones y para ceñir de más cerca cierto número de problemas. Para discernir mejor, a costas de un análisis minucioso de los diversos lenguajes y por la confrontación de sus vocablos y sus símbolos, lo que estos recubren exactamente en ciertas fechas, lo que se oculta, por ejemplo, tras la palabra *laborator*, la señal de la cruz o las fórmulas de bendición de la espada. Para penetrar en todas las finezas de una dialéctica que pone en juego costumbre e innovación, una representación de la sociedad y el conjunto de un sistema de creencias. Para medir las resistencias, frente a este modelo eclesiástico, y sin duda más concretamente episcopal, de los ímpetus juveniles de la caballería y la pasividad campesina. Aún habría que echar algún vistazo al exterior, fuera del área cultural de la cristiandad latina y, de alguna otra parte, al exterior del siglo

XI. Para ver con mayor claridad por medio de qué inflexiones sutiles el esquema de los tres órdenes, en la remanencia quizás de cuadros trifuncionales cuyo arraigo en el seno de las cultura indoeuropeos mostrara Georges Dumézil, llegó a suplantarse un modelo de la realeza sagrada, litúrgica, guerrera y fecundante, y el modelo eclesial de las escalas de perfección moral. Seguir, por fin, la larga supervivencia de este sistema ideológico, en el curso de sus sucesivas adaptaciones, y examinar su influencia en la evolución de conjunto de las relaciones sociales. ¿No le vemos sancionar la desaparición definitiva de los últimos vestigios de la antigua esclavitud, unir duraderamente, en el respeto del mismo complejo de valores, los máximos príncipes con los más pobres artesanos, restringir la participación de la aristocracia en las actividades económicas más provechosas y favorecer de este modo la ascensión irresistible de grupos sociales antagónicos; determinar, en fin, con la concepción de la largueza y la caridad que implica, transferencias de riquezas de una dimensión definitiva?

Abordar tales problemas y otros análogos que la formación y deformación de otros esquemas plantea, sería ciertamente progresar hacia una percepción más fina de los ritmos particulares, en la actualidad bastante mal conocidos, que la historia de las ideologías, en su duración específica, adopta. Sería, indudablemente, situar mejor las relaciones que unen esta historia con las transformaciones de conjunto del cuerpo social y detectar más netamente lo que vincula las representaciones ideológicas a las situaciones objetivas de los individuos o de los grupos y con su conducta. Sería pues entrever mejor, tal vez, lo que, en el estado de las ciencias del hombre, sigue siendo aún totalmente oscuro: la parte de lo imaginario en la evolución de las sociedades humanas.